

LA NACIÓN.

PERIODICO GENERAL E INDEPENDIENTE,

Fundado para sostener los grandes intereses nacionales, sean la propiedad, la agricultura, la industria y el comercio, y los principios de orden y autoridad.

ESTERIOR.

ESPAÑA.

Discurso pronunciado en la apertura de Ateneo de Madrid, en la noche del 13 de Noviembre, por el Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

Señores: Con igual satisfacción que otros años y por idéntico motivo os dirijo la palabra en este acto solemne, y espero que me oigais con la misma benevolencia: en las vicisitudes de los tiempos, y mas cuando vuelan tan de prisa, aunque falte el estímulo de la novedad, suele reconocerse con placer el eco de una voz amiga.

Voy á esponeros algunas breves reflexiones sobre un asunto grave, propio del auditorio que me escucha, sobre el gran principio de la moralidad como norma de las acciones humanas, considerando ya respecto de los particulares, ya con relacion al estado y á la política de las naciones. Son como tres círculos concéntricos de distinta magnitud, pero cuyos radios van todos á reunirse en un punto.

Por lo que respecta á los particulares, cioso fuera encarecer la importancia del principio de moralidad, así como afanarse por demostrar que descansa naturalmente en dos polos firmísimos: la existencia de un Dios y la inmortalidad del alma. Haced abstracción de una y otra, y flaqueando el cimiento, el edificio se desmorona.

La moralidad tiene su asilo en la conciencia; ésta le sirve de guia, califica las acciones, sondea los pensamientos, previene antes y castiga despues, nos sigue á todas partes como testigo fiel, como juez invisible, y no da tregua al culpable, atormentándole hasta en sueños.

Suponed que no existe un Dios, y en el mero hecho apagaris la luz de la conciencia: es como reloj cuyo resorte estalló; antes os indicaba las horas, ahora es un mueble inútil que ni tenéis que consultar siquiera.

La existencia de un Dios, omnipotente y justiciero, da á la moral una sancion augusta, soberana: es aquella como una planta, que necesita para florecer el rocío del cielo.

La religion revelada ha completado la obra, elevando la moral á un grado de perfeccion y de pureza que alcanzaron nunca ni los filósofos mas sábios de la antigüedad.

Ni en las obras de Aristóteles ni en las del mismo Platon (que parecia remontarse en la region de las ideas hasta casi vislumbrar el cristianismo), se hallarán preceptos de moral tan claros, tan saludables como los que enseña el Evangelio con sencillez divina.

Allega tambien la ventaja de que ennoblecen los sentimientos del alma, levántanlos á mayor altura. *Haz bien á tus semejantes*, nos dice la razon; la religion añade: *ama á tu prójimo como á tí mismo. Todos los hombres son iguales*, nos enseña la filosofía; pero solo la religion es capaz de hacer á los monarcas deponer en el suelo la corona y lavar los pies á los pobres.

Suponed, por el extremo opuesto, una nacion descreída: el interés será la única regla; las pasiones carecerán de freno; no habrá mas temor que el castigo impuesto por la mano del hombre; en vez de con-

sultar la conciencia, se consultará solamente el código penal.

Habiase dicho, y no sin fundamento: "Mas fácil es que una ciudad se sostenga en el aire, que una sociedad subsista sin religion."

A fines del siglo pasado se intentó en una nacion vecina hacer ese terrible experimento, y el mundo vió con horror y escándalo las funestas resultas.

El ariete revolucionario tuvo fuerza bastante para derribar los templos; pero no para levantar siquiera una ara. La de la diosa de la Razon, manchada con lo deo y con sangre, en vez de atraer adoradores, puso grima y espanto.

Aun en medio del frenesí revolucionario y cuando estaba en tola su pujanza el régimen del terror, se conoció la necesidad de detenerse en tan funesta senda. El mismo Robespierre, discípulo entusiasta de Rousseau, hace que la convencion decretó una fiesta solemne al Ser Supremo; la preside, ostenta altivo su cabeza en ademán de triunfos... mas en breve la hiete el rayo de la justicia divina.

En la época del Directorio se hizo tambien otro en sayo en materia religiosa; pero cuantos esfuerzos se hicieron fueron infructuosos. A medida que la nacion iba entrando en caja, volvía por una tendencia natural á la religion de sus mayores, cubiéndole á Napoleon no escasa parte en aquella empresa reparadora.

Tan duro fué el escarmiento que en la primera revolucion recibió la nacion francesa, que la heinos visto, no ha muchos años, en un momento de frenesí volcar el trono, proclamar la república y conmoviendo la sociedad hasta en sus mas profundas cimientos. Mas en aquellas saturnales, impropias de una nacion tan ilustrada y culta, se respetó la religion y hasta se procuró ennoblecier, si era dable, algunos actos revolucionarios con cierto aparato religioso.

Lo que tan de bulto se ha visto en la nacion francesa, puede aplicarse mas ó menos á las demás en que se profesa la religion cristiana. El instinto de la propia conservacion, no menos que el interés de los gobiernos, les dictan de consuno dar á las leyes el apoyo de las costumbres y á éstas el del sentimiento religioso, procurando que se arraigue profundamente en el corazón de los pueblos.

El sólo es capaz de templar los ímpetus del poder y de allanar el camino de la obediencia; él disminuye la distancia que separa á las varias clases, modera el orgullo de las unas, al paso que infunde en las otras una resolucion saludable. Beneficio á la par que ingenioso, halla en el tesoro de la caridad recursos abundantes: á la par socorre y consuela, alcanza con su influjo á donde no llegan las leyes, santifica el hogar doméstico y hace de la autoridad paterna una especie de sacerdocio, es el manantial de las virtudes privadas, único sostén y escudo de las virtudes públicas.

Y si esto aparece confirmado por la experiencia en todos tiempos y naciones, aun con mas claridad se manifiesta al presente, cuando la civilizacion y cultura han llegado á tan alto punto.

Merced á los portentosos descubrimientos que han hecho las ciencias y las artes, puede decirse que se han multiplicado los sentidos del hombre; sus fuerzas han cre-

cido hasta lo infinito, y su velocidad á par que sus fuerzas: en breves instantes recorre inmensas distancias, y oye distantes lo que se dice á millares de leguas.

Al compás de sus triunfos y conquistas, ha crecido su orgullo; á la par del orgullo sus deseos; con los deseos su audacia, para salvar límites y barreras. Pues si en tantos estímulos le quitan todo freno; incendia en su corazón las pasiones mas violentas, y no les opondis mas contrapeso que el de la fria razon (si es que se halla gangrenada con las máximas mas perniciosas), ¿cómo extrañais que á sociedad corra tantos peligros, cuando atraen en vez de evitarlos, como aconteció con un para-rayos forjado torpemente?

En los Estados regidos por instituciones liberales es mas necesaria, si cabe, la influencia de la religion en provecho de la sociedad. Por lo mismo que el hombre tiene para obrar mas desembarazo y holgura, por lo mismo que hay menos recursos para prevenir los delitos y se exige por lo comun mas pruebas para castigarlos, conviene que el influjo de las causas morales sea mas eficaz para suplir, sin riesgo del Estado, lo que pueda faltar de fuerza represiva á la pública autoridad. Dando rigén ciertas instituciones, suele apelarse con frecuencia á la santidad del juramento: se pone á Dios por testigo y se le invoca por juez en actos á que no alcanza ni la vista ni el brazo del hombre. ¿Y qué confianza puede inspirar semejante recurso en un pueblo falto de creencias, en que el juramento mismo se convierte facilmente en profanacion y sacrilegio?

Mientras mas se profundice la materia, y bajo cualquier aspecto que se la examine, aparecerá con mayor claridad la importancia suma de promover por todos los medios la moralidad de los pueblos. Si remontándonos á mayor altura, no nos encerramos en los límites de un Estado, sino que contemplamos el magnífico cuadro que ofrece la historia de las naciones, difícil es que no descubramos cómo campea el principio de la moralidad en los vastos anales del mundo.

En vano aparece interrumpida ó rota la cadena que uno los varios efectos con las causas; en vano aparecen los males producidos por la ciega fatalidad; si se examinan á fondo, si se contempla su conjunto, se descubre la mano de la Providencia, que preside como árbitro supremo los destinos del humano linaje.

Nosotros solo vemos un reducido espacio; ella lo abarca todo: el hombre mide el tiempo con un reloj de arena; Dios mide los siglos con el compás de la eternidad. Así no es maravilla que nuestro horizonte sea tan reducido y tan fallibles nuestros juicios: á veces reputamos incierta y ramota la explicacion de los delitos de los príncipes y de los pueblos cuando está mas cercana, imminente.

En medio de tanta variedad como ofrece la historia del género humano, se descubren ciertas reglas invariables que rigen el mundo moral, y que no pueden quebrantarse impunemente. Contemplad los imperios del Asia, cuna de las ciencias, ufanos con sus tradiciones, tan antiguas como el mundo, orgullosos con su riqueza y poderío: la corrupcion y

la molice ha relajado sus fuerzas, y un corto número de griegos los vence y avasalla.

A su vez la Grecia pierde su vigor y energía: la discordia mina en el seno de los Estados, ó desata los vínculos que los unian; en lugar de capitanes y de repúblicas, imperan los ambiciosos y los sofistas: aun subsiste la sombra; pero ha desaparecido la patria.

Fácil conquista para un pueblo como el romano, amamantado por una loba y en todo el vigor de la edad viril, la Grecia da á los vencedores sus leyes, sus artes, su cultura, que se trasplantan al Lacio; y Roma llega á ser, no menos por su política que por las armas, señora del mundo.

Mas el peso de su grandeza la abruma: con el contacto de tantas naciones, con las riquezas y despojos de los pueblos vencidos, se adulteran las antiguas costumbres, así como se ha poblado su Olimpo con toda clase de deidades advenedizas. En medio de su aparente grandeza, el imperio romano no es ya mas que un cadáver, que quedará reducido á polvo en cuanto soplen con furia los helados vientos del Norte.

Una avenida de pueblos bárbaros inunda la Europa: la antigua civilizacion desaparece; una densa niebla que habia de durar por espacios de siglos, se extiende sobre las naciones; y fortuna que la luz del Evangelio, oculta primero en el fondo de las catacumbas, y despues colocada en el augusto trono de los césmes, no puede extinguirse; y ha de triunfar de la barbarie como antes habia triunfado del paganismo.

Mudan las épocas y se cambia la faz del mundo; pero no por eso dejan de observarse ciertos principios generales, que se reproducen constantemente, á pesar de la indiferencia de los tiempos y de circunstancias; la historia es un inmenso espejo donde se retrata lo pasado y se refleja lo porvenir.

¿Veis un reino dividido, olvidado de su primitivo carácter, entregado á la corrupcion y á los vicios? Pues podéis predecirle, en un término mas ó menos próximo, su prostracion y su ruina. Si el imperio de los visogodos, trocada en afeminacion la virtud, se derrumbó, el pueblo y el trono de un Rodrigo, no extrañéis ver venir á una raza varonil y guerrera, sepultar el trono en el fondo del Guadalete y enseñorearse de España.

Mas esos mismos vencedores se divirtieron á su vez, el lujo y los deleites quebrantarán sus fuerzas, y se irán cayendo á pedruzcos las mal trabadas partes de tan vasto imperio. En Córdoba desaparecerá su mayor grandeza, en Sevilla recibirá el golpe de muerte, y en Granada fenecerá el imperio musulmítico, humillado á su vez por la cruz vencedora. Entre una y otra catástrofe media el espacio de ocho siglos.

Estas y otras lecciones, no menos terribles, escritas con letras de sangre en las paginas de la historia, deben servir de enseñanza á los monarcas y á las naciones; y aun cuando alguna vez aparezcan coronados por el éxito los desafueros de la ambicion y el menoscupio del derecho, puede asegurarse sin temor que recaeran las funestas resultas sobre los mismos cau-

sadores del mal ó sobre su propia decadencia.

Sin engolfarnos en los antiguos tiempos, ofrece la historia moderna tres ejemplos muy señalados, y que recaen cabalmente en los soberanos mas poderosos, cuya gigante figura descuella cada cual en su siglo.

Señor de varios Estados, adornada la frente con una triple corona, dictando leyes á Alemania y á Italia, y poseedor de los tesoros de Nuevo-Mundo, aspira Carlos V á erigirse en árbitro de Europa, y la fortuna le sorrie, habiendo visto al monarca francés cautivo en una torre, y al Papa temblar en Roma, asediado por tropas imperiales. Mas antes de llegar al término de su carrera, como que le faltan las fuerzas; halla inesperados obstáculos que se oponen á sus deseos; desconfía del logro de su intento, y se juzga mas grande dejando voluntariamente el cetro antes que se lo arrebatase la muerte. No parecia sino que en la soledad del claustro contemplaba con lástima y retrospectivo las grandezas del mundo, y que presago el corazón, le anunciaba cuán en breve habia de menguar y extinguirse el poderío de su augusta casa en manos de sus descendientes.

De ánimo generoso y sediento de gloria, dueño absoluto de la Francia y haciendo temblar á las naciones con el rumor de sus victoriosas armas, no se contenta Luis XIV con ensanchar el poder de la casa de Austria, ni con amenazar de muerte á la Holanda por vengar una leve ofensa, sino que aspira á dictar la ley á la Europa.

La sucesion al codiciado trono de España abre una nueva senda á su ambicion. Ya no hay Pirineos, exclama alborozado al abrazar á su nieto, que vuelva á coger la corona. Mas las mismas causas que habian colgado á las naciones, para poner dique al predominio de la casa de Austria, las une ahora contra los ambiciosos desigñios del monarca francés, no menos peligrosos para el equilibrio de Europa.

Trábase la lucha, y se combate por ambas partes con varia fortuna, ostentándose siempre firme el ánimo del jóven Felipe y la constancia de la nacion, que habia crecido en la causa.

Mas el peso de los años, el descontento de la Francia, el número y poder de los contrarios, y otros motivos de prostracion y desaliento, llegan á descorazonar á un monarca tan grande como Luis XIV, hasta el punto de prometer que abandonar á su esforzado nieto; si bien se indigna generoso al proponerle que concurra con sus armas á destronarle.

Por una reunion feliz de circunstancias, vió coronados sus deseos y su dinastía en el trono de las Españas; pero no sin que las demás potencias tomásem las debidas precauciones, para que no corriese riesgo el equilibrio general de Europa. Designada la nacion con tantos y tan costosos sacrificios, y agobiado el propio con el peso de desgracias domésticas, bajó Luis XIV al sepulcro, incierto acerca de la suerte que cabria á su augusta familia, y dejando tan poco satisfecho al pueblo que tuvo la avilantez de insultar su cadáver.

La ambicion desamparada de aquel monarca, los escándalos de la regencia,

el vergonzoso reinado de Luis XV, abrieron el camino á la revolucion; sin que las virtudes y amor al bien público de su sucesor lograsen detener el torrente que tan desapiadadamente habia de arrollarle.

Con el hundimiento del trono, manchado con su sangre; y proclamada la república, se procuró, por cuantos medios son imaginables, que se aclimataste en un suelo donde habia florecido por espacio de catorce siglos el abul frondoso de la monarquía.

Vanos esfuerzos: por una tendencia natural, volvió insensiblemente la nacion á su antiguo asiento, y respiró el fin, como quien despierta de un pesado ensueño, al ver que empuñaba el centro una diestra firme y vigorosa.

Empero Napoleon se desvaneció á tanta altura; límites, fronteras, Estados, todo desapareció á su vista; la independencia de las naciones, los derechos de los monarcas, la santidad de los pactos, nada fué parte á contenerle; afanándose por someter al continente á su imperiosa voluntad.

Mas lo que se apoya en la fuerza, la fuerza lo destruye: el refluxo de la fortuna trajo sobre la capital del imperio las huestes de cien naciones, ansiosas todas ellas de vengar sus agravios; y el que aspiraba á la dominacion del mundo, pereció solitario y cautivo en una estéril roca perdida en la inmensidad de los mares.

¿Quién tan inadvertido, tan ciego, que no descubra en estos ejemplares la mano de la Providencia, que confunde á la faz del mundo el orgullo del hombre, y pesa en fiel balanza el destino de los reyes y de las naciones?

Aunque someramente (por no consentir otra cosa la ocasion ni el tiempo) hemos indicado la importancia suma del principio de moralidad ya respecto de los Estados, ya en una esfera mas reducida, con relacion á los particulares. Mas por lo mismo conviene ponerle á salvo de dos enemigos capitales: el falso saber y la ignorancia. Aquel pervierte el entendimiento y estraga el corazón; ésta confunde las nociones del bien y del mal, y da margen á funestos errores: el uno conduce á la ureligion y á la impiedad; la otra á la supersticion y al fanatismo; el uno indócil turbulento, la otra servil abyecto: ambos opuestos al disfrute de la verdadera libertad.

De donde naturalmente se deduce cuánto interesa al Estado que se faciliten los medios de adquirir conocimientos útiles, que aficionen á los jóvenes al cultivo de las ciencias y de las letras, y al propio tiempo los alejen del estudio político, en que tan viva lucha sostienen los partidos hasta que puedan entrar en él con provecho y gloria de la patria.

Si queréis, he hecho vuestro elogio, celosos profesores; así de los que han dado notorias pruebas de laboriosidad y saber en las cátedras de este establecimiento, como de los que, con igual desinterés, entran de nuevo á compartir sus diles tareas.

Para emprenderlas con buen ánimo y proseguirlas con perseverancia, os bastará pensar en el fruto de vuestros desvelos; así como el provido agricultor imagina ver los campos cubiertos de mieses, al abrir laborioso surco y encomendar el grano á la tierra."

pedirla cayese en sus meditaciones melancólicas, declaró que tenia la vista cansada, y la rogó que leyese en voz alta. La hija se sentó cerca del velador, recomendó el silencio á los niños, y principió la lectura pedida.

Era ya noche cerrada. Desde el sillón en que estaba sentado Claudio Poirier, veía el verde patio que separaba la casa del terreno consagrado á la fábrica, y sus ojos penetrando en la oscuridad, percibían el pequeño piso bajo al que Lambert habla trasladado hacia poco tiempo su oficina particular. En el interior brillaba la luz de una lámpara, y una de las cortinas de seda verde que guarnecía la puerta-vidriera, medio retirada entonces, permitía ver una parte de la pieza en toda su profundidad.

Al principio Claudio no habia distinguido mas que la silueta del jóven industrial, oculto por la cortina corrida; pero bien pronto le vió aparecerse en el espacio libremente y pasearse con los brazos cruzados. De tiempo en tiempo se paraba, llevaba una mano á la frente por reflexion ó desesperacion, y luego volvía á su paseo con pasos tan pronto lentos como precipitados. Antes que pudiera juzgar de los sentimientos por los ademanes y la actitud, el viejo escultor creyó que le agitaba algun problema difícil; pero al fin, pareció haber tomado su partido. Aboltonando con

rar igualmente en lo imposible! Incapaz de darse una explicacion plausible, el viejo escultor se debatía dolorosamente en un caos de suposiciones contradictorias.

En fin, fué sacado de ellas por el silencio súbito de que se vió rodeado; Luisa habia concluido la lectura del diario, mientras que Enriqueta y Fernando se habian quedado dormidos sobre un sillón. Claudio dió gracias á su hija, y ésta llamó á la criada para acostar á sus hijos, y se informó al mismo tiempo de su marido.

—Creo que el amo sigue en su despacho, respondió la criada, porque está encendida su lámpara de trabajo.

—¿Con que no le habeis visto salir? preguntó Poirier.

—¿Salir? repitió la criada. No, señor, es imposible; yo misma he cerrado con llave la puerta principal despues de la comida.

La sorpresa del viejo se aumentó. Era evidente que Lambert estaba ausente; pero ¿cómo habia podido salvar el cercado de tablas y acacias, que no tenia mas que una entrada? Trató de interrogar diestramente á su hija; pero ésta solo pudo repetir lo que habia dicho ya. Por otra parte, temiendo que sus quejas hubiesen indispuerto al viejo escultor contra su marido, se puso á disculparle. Habló de su amor, de su acendrada ter-

Respondió con una deferencia ceremoniosamente amable al saludo y á las preguntas amistosas de Poirier, mientras que Lambert se ocupaba de las cartas que acababa de traerle, y la cual despues de haberlas recorrido, las devolvió á su amanuense diciendo:

—Nuevos pedidos... Podriamos triplicar nuestra fabricacion sin temor de recargarnos de productos de aquí á dos años. *Tio Loulou*, será preciso responder que acepto el encargo bajo las condiciones indicadas.

—Vamos, espero que eso te dará apetito, dijo Poirier sentándose á la mesa. ¿Sabels, hijos míos, que no hay en el mundo un espectáculo mas dulce que el triunfo del trabajo asociado á la probidad?

—Por desgracia la asociacion rara vez enriquece, observó Lambert.

—Y á pesar de eso, sin ella no hay verdadera prosperidad, replicó el escultor. Mira lo que ha sucedido á mi vecino el rico feculista de Montmartre.

—¿Qué le ha sucedido? dijeron á un tiempo Lambert y Luisa.

—¿No os lo he contado? dijo Claudio. Pues bien, ha sucedido hace unos quince dias. *M. Lefevre* no era mas que un pobre diablo de pequeño fabricante, que ganaba para ir trampeando, y an-

CENTRO-AMERICA.

(CONCLUYE.)

NOTICIAS DE NICARAGUA.

Después de publicado el Boletín de antes de ayer, vimos una carta de Leon, fechada el 1.º del corriente, en que se dice haber llegado aquel mismo día una persona de Granada, refiriendo que la ciudad había sido completamente ocupada por nuestras fuerzas y dispersados los aventureros que quedaban, en número ya como de ciento cincuenta, los cuales huyeron á los montes. Se dice también que el grueso de las fuerzas de éstos era el que estaba en Granada; pero que Walker no se hallaba allí, sino en la Virgen, donde permanecía esperando algún auxilio de los Estados Unidos. Según esa carta, Walker, antes de salir de Granada, había publicado un bando, previniendo la desocupación de la ciudad y dando á los habitantes veinticuatro horas de término para que lo verificasen. Inmediatamente después, hizo pegar fuego á toda la ciudad, con excepción de los edificios que ocupaban sus tropas, los que fueron incendiando también, á medida que los desalojaban de ellos.

Entre otras especies, dice la carta á que nos referimos, que el *Once de Abril*, buque de Costa-Rica que iba á San Juan del Sur, con refuerzos y elementos de guerra para el general Cañas, se encontró cerca de aquel puerto con el *San José*, y éste arrojó una bomba al buque costa-ricense, la que habiendo caído en el *Santa Bárbara*, echó á pique la embarcación. Damos esas noticias por lo que valgan, en tanto se reciben correspondencias oficiales que las confirmen ó desmientan.

El correo ordinario de Cojutepeque llegó ayer por la mañana; pero no trajo correspondencia de Nicaragua. El ordinario salió de Cojutepeque una hora antes que el extraordinario que llegó el viernes por la mañana.

Párrafos de carta del coronel Zavala, relativa al ataque de Masaya.

Masaya, Noviembre 21 de 1856.

El sábado temprano tuve parte de que estaba ya Walker con toda su fuerza formada para venir á atacarnos, y con tal noticia, mandé un ayudante á apresurar la marcha del refuerzo que esperaba. Llegó éste á las dos y media de la tarde, y á las cuatro volvieron unos dragones que había mandado el general Bellosó á inspeccionar los caminos, diciendo que el enemigo venía ya muy cerca. Como yo siempre he conocido que la ventaja que pueden llevarnos los aventureros desde sus

po raso, me apresuré á salir á su encuentro, y lo hice así en unión del general Martínez, con nuestras respectivas fuerzas. No fué menester andar mucho, porque á las cuatro y media los encontramos á un cuarto de legua de esta ciudad. El fuego comenzó y se hizo pronto muy vivo en un callejón estrecho, y al fin logré flanquear al enemigo por derecha é izquierda, al cabo de media hora. Los fuegos de flanco hicieron disminuir en gran manera el vigor con que al principio nos atacaban, aunque de cuando en cuando hacían nuevos esfuerzos. Entró la noche, y á esa hora habíamos ya apagado tan completamente los fuegos filibusteros, que creíamos se habían dado por derrotados, no siguiéndolos tan solo por la oscuridad y lo malísimo del camino. Nos retiramos á la población, y habiendo hecho alto en la plazuela de Monimbó, nos arro-

jó una bomba, que cayó en la iglesia, cerca de nosotros.

Al día siguiente, temprano, los aventureros volvieron á cargar sobre la plaza, y se nos acercaron bastante á las trincheras; pero no por la calle, sino por entre las casas, que tallaban con grandes trépanos. Nos hicieron unos pocos muertos y muchos heridos; pero ellos no salieron bien, y tuvieron que retirar algunas cuerdas. Todo ese día fué de fuego de fusilería y de artillería, arrojándose algunas bombas. Por la noche, el fuego disminuyó considerablemente, y por último, se suspendió. Al día siguiente (el 17) comenzó el fuego con mas vigor, por una y otra parte, y las bombas fueron en mayor número y mejor dirigidas. Fué menester hacer una salida, que bastante amedrentó al enemigo, aunque nos costó algunos hombres. En la noche hubo la misma disminución y suspensión de fuegos, ardiendo entre tanto la iglesia de San Sebastian ó Monimbó, y algunas casas. Amaneció el día 18 y comenzó de nuevo el fuego, bastante nutrido. Las bombas fueron muy seguidas y los incendios de las casas se multiplicaban. Por la noche hubo la suspensión de costumbre, y en el silencio, levantaron el campo Walker y sus filibusteros, dejando un número considerable de cadáveres, de los cuales solo se han encontrado treinta y nueve ó cuarenta, aunque se ven por todas partes, en el terreno que ocuparon, grandes sepulturas, habiendo también quedado muchos muertos en las casas incendiadas.

En el encuentro del sábado en la tarde les hicimos mucho estrago, pues esa misma noche enviaron á Granada treinta y un heridos, entre ellos á D. Bruno Nathzmer, segundo de Walker. En el mismo campo de batalla enteraron una porción de muertos, según se ve por las grandes sepulturas que allí hay, en que se conoce que los echaron por montones.

LA NACION.

Bogotá, Febrero 12 de 1857.

AMNISTIA.

Grato es y muy satisfactorio para la prensa de oposicion, encontrar ocasiones de probar al mismo gobierno cuyas medidas por lo regular combate, que no la inspiran en su censura ni una enemistad personal, ni un espíritu sistemático de contradicción.

Hoy se nos ofrece la oportunidad de ser justos alabando, como tratamos de serlo siempre que tenemos á nuestro pesar que criticar.

Si fuéramos á buscar en el fondo de nuestra alma expresiones bastante sentidas para manifestar la gratitud que experimenta siempre un corazón bien nacido por las obras buenas de los gobernantes, llenaríamos muchas páginas con facilidad; pero se pretende que en política no debe hablar mas que la cabeza, y bien que nosotros no alcanzamos esa separación arbitraria que se hace de la inteligencia y del sentimien-

to, nos conformaremos por ahora con ella para tratar la cuestión de amnistía en el terreno de la razon de Estado, haciendo abstracción por un momento de las inspiraciones de nuestro corazón.

Si es cierto que los gobiernos tienen en la tierra una misión providencial que cumplir, y que esta misión es la de guiar á las sociedades humanas por la senda que conduce al mejoramiento de la condición material y moral del hombre, para que haciéndose cada día mejor se asemeje cada vez mas á su divino Criador; será fuerza convenir en que toda disposición del gobierno que no tienda al logro de tan noble propósito, se desvía del camino que á razon y la ley natural señalan; y nosotros no comprendemos que haya medida que mas se aparte del objeto primordial que debe proponerse todo buen gobierno, cual es mejorar al hombre, que aquella que le quita la vida al hombre.

En la historia de todos los pueblos de la tierra, se observa constantemente que según van adelantando en civilización, así van disminuyendo el rigor y la crueldad de las penas con que se castiga á los delinquentes, y desde el estado de salvaje antropófago que no da cuartel al enemigo, desde *Dracón*, cuyas leyes, que fueron las primeras escritas en Grecia, y no con tinta como dice *Démado*, sino con sangre, porque imponían la pena de muerte por las faltas mas leves como por los crímenes mas atroces, hasta la época feliz del sistema penitenciario, que suprime la pena capital porque comprende que el hombre no tiene derecho para matar al hombre, que la sociedad debe corregir, mejorar, y no destruir y anonadar; todos los hechos están concordantes en el principio que dejamos asentado mas arriba.

Y si esto es verdad, con respecto á los actos que son y han sido considerados como crímenes dignos de los mas severos castigos desde que el mundo es mundo, ¿con cuánta mayor razon no debemos pensar que es exacto el principio, que es inconcusa la verdad que enseña que no deben aplicarse el rigor ni penas irreparables por aquellos hechos que son calificados de criminales cuando las circunstancias son adversas y que cuando les son favorables se agota el diccionario de la lengua, buscando palabras honoríficas para calificarlos?

El espíritu de partido es fecundo en invenciones para denigrar como para ensalzar, y así vemos que á los pronunciados se les llama bandidos, porque ya la palabra rebelde no espresa bastante el encono con que se miran los bandos opuestos que destrozan nuestra pobre República; y pasando de la palabra á la cosa, algunos buenos periodistas dicen

ingenuamente que los pronunciados son bandoleros, salteadores de caminos, que como tales merecen la horca; y consecuentes con sus principios, piden que no haya clemencia para ellos: hasta ha habido uno que ha protestado contra el decreto de amnistía, dado por D. Ignacio Comonfort con fecha 5 del que cursa, mandado publicar ayer en el *Estándarte Nacional*.

Dudamos mucho que el periódico que ha protestado contra el decreto de amnistía que motiva este artículo, y que es nuestro colega francés el *Trait d'Union*, encuentre eco en la prensa mejicana, por mas que para sostener su estraña oposición, "cite (y son sus propias palabras "las que vamos á copiar), en el número "espantoso de los abusos y crímenes cometidos, en medio de una disolución "social que en vano se pretenderia ocultar con la capa de la política, los robos, las muertes y los salteamientos "que no son ya un misterio para nadie; "los ataques y los asesinatos en los caminos, las escenas sangrientas de San Vicente, el robo escandaloso de San Luis y las confiscaciones decretadas "contra mercaderes inofensivos."

Con estas citas de nuestro colega, probamos nosotros cabalmente hasta la evidencia, lo que nos habíamos propuesto demostrar; es á saber, que los odios de partido ofuscan las mejores inteligencias, hasta el extremo de hacerles confundir á los hombres manchados con los crímenes mas horrosos, como los infames asesinatos de la hacienda de San Vicente y los salteamientos en los caminos, con los pronunciados contra el supremo gobierno.

Los unos son criminales que castigan las leyes de todos los países con las penas mas severas de sus respectivas legislaciones, al paso que los otros son mas bien dignos de indulgencia que de rigor, aun cuando no fuera mas que porque en un país como el nuestro, alternativamente y cada partido á su vez, tiene que reconocer en el rebelde de

ayer el mismo de hoy.

Diametralmente opuestos en opiniones y muy en contra de lo que piensa nuestro colega francés, nosotros creemos que la amnistía publicada por el gobierno, en los momentos mismos en que lograba un triunfo importante sobre los pronunciados de San Luis, le granjeará mas simpatías á D. Ignacio Comonfort, le atraerá mas voluntades y le allanará mas el camino de la pacificación general de la República, que todas las crueldades imaginables, por mas oportunas que las crean ciertos partidarios exaltados del sistema del rigor.

Y mas diremos: si desde un principio se hubiera adoptado esta conducta, es

decir, la de la clemencia; si no se hubiese dado al artículo 4.º de la capitulación de Puebla la inesperada interpretación que pareció todavía muy blanda á los que entre un sorbete y una copa de madera, condenarian á muerte á todo bicho viviente que no abundase en sus opiniones; de seguro que no hubiésemos presenciado los otros pronunciamientos que ha habido después de la primera rendición de Puebla.

De todas las prerogativas de la autoridad suprema, de un poder discrecional y absoluto, ninguna hay mas noble, ni mas moral, ni mas filosófica, ni mas política que la de perdonar, y todo hombre de alma bien templada, que colocado en la cumbre del poder, no tuviese facultades mas que para castigar, sería el mas desgraciado de los hombres; y si esta verdad no estuviese escrita en el corazón humano con caracteres indelebales, tendríamos que negar la historia de todos los siglos y de todas las naciones, tendríamos que negar á la humanidad misma, como emanación pura de su Divino Criador.

No podemos dejar de citar este trozo de Ciceron, que parece escrito para las circunstancias que rodean hoy á D. Ignacio Comonfort:

"Et, si ille dies tibi gloriosissimus, populo romano gratissimus fuit, noli obsecro, dubitare, C. Cesar, similem illi glorie laudem quam seipissime querere. Nihil est enim tam populare, quam bonitas, nulla de virtutibus tuis plurimum nec admirabilior, nec gratior misericordia est. Homines enim ad deos nulla re propius accedunt, quam salutem hominibus dando. Nihil habet re fortuna tua majus, quam ut possis; nec natura tua melius, quam ut velis servare quam plurimum."

Aunque perdiendo mucho en la versión, trataremos de traducir lo mejor posible al castellano este pasaje elocuente del orador romano.

"Y si el día de ese perdón, (el de Marcelo) fué el mas glorioso para tí, y el mas grato para el pueblo romano, dignate querer, C. Cesar, que luzcan á menudo para tí dias semejantes. Nada hay mas popular como la bondad; y de todas las virtudes que brillan en tí, ninguna es tan apreciada, ni tan admirada, como la clemencia. Salvando á los hombres es como los hombres se asemejan mas a la divinidad. Nada existe á la vez ni mas grande en tu fortuna como el poder que tienes de hacer felices, ni calidad mejor en tu índole como la de quererlo."

Pensando nosotros como Ciceron, no podemos menos que congratularnos con todo el pueblo mejicano, por el acto de clemencia con que ha inaugurado el

daba siempre en busca de seis libras. Por lo demás, era hábil, aunque sin poder, como tantos otros, hilar su cuerda por falta de cáñamo. Sin embargo, después de debatirse largo tiempo entre los empréstitos y los protestos, mi hombre se halló súbitamente á flote sin que se pudiera saber de qué tío de América habia heredado. Pagó sus deudas, estendió sus relaciones, aumentó su fábrica, y acabó por ser inscrito en la lista electoral á la cabeza de los mayores contribuyentes de Montmartre. Hasta ha faltado poco para que le tuviésemos por alcalde hace algunos años.

—¿Y bien? preguntó Luisa.

—Y bien, querida mía; hace tres días que han ido á prenderle en medio de sus obreros.

—¿A M. Lefevre?... ¿Y por qué?

—Porque el punto de partida de su fortuna es una suma de veinte mil francos sustraída á un extranjero á quien en vano habia buscado mas tarde para restituírsela. Una correspondencia empeñada imprudentemente con motivo de esa restitución, ha hecho descubrirle.

—¡Desgraciado! exclamó Lambert con emoción. ¿Con que así está perdido por una falta, tal vez expiada dolorosamente, por una falta que él quería reparar? ¿Y quién sabe cómo ha sido arrastrado á cometerla? Antes de sustraer esos veinte mil francos, los habrá pedido en vano por todas

con un esfuerzo. Yo estoy loca... pero si he de confesárselo, me causais miedo.

—¿Y?

—Al veros mirar así en la oscuridad, he creído que habíais percibido alguna cosa. Esas lúgubres historias de robos de que está plagado el periódico, acaban de afectar nuestra imaginación.

—¡Ah! ¿el periódico habla de robos? dijo Poltier.

Su hija le miró y replicó:

—¡Cómo! ¿con que no habéis escuchado lo que acabo de leer de esos ataques nocturnos y de tiendas robadas?

—¡Perfectamente! perfectamente! respondió el viejo, no queriendo dejar sospechar su distracción. Pero no tenemos nada que ver con todo eso... Te ruego que continúes.

Luisa volvió á su lectura, pero sin que su padre le prestase su atención un solo instante. La voz de su hija no era para él mas que un ruido que justificaba su silencio y le permitía proseguir en sus reflexiones. Sin embargo, éstas se sucedían en su espíritu sin poder iluminarle. ¿De dónde nacían las preocupaciones de Lambert? ¿Por qué aquellas visitas de desconocidos de aspecto siniestro? ¿Cuál era el objeto de aquella salida misteriosa y de aquel disfraz? Había caminado libre á todas las conjeturas, y todas iban á pa-

cuidado el frac que llevaba, se envolvió en una capa, sacó de un armario un sombrero de anchas alas que Claudio no le conocía; abrió su bufete, tomó un par de pistolas examinando el cebo, y pasó á la parte menos alumbrada, en donde no distinguía mas que su sombra.

El viejo escultor pasmado se habia inclinado hacia adelante; sus miradas, ardientemente fijadas en la puerta-vidriera de la oficina, procuraban penetrar la cortina que le ocultaba á Lambert; de súbito éste volvió á aparecer en el espacio iluminado, volvió la cabeza, y el viejo tuvo dificultad en retener un grito; una barba y bigotes rubios habian transformado completamente la cara del joven industrial, el cual miró en derredor suyo, se embolsó bien en su capa y desapareció.

Claudio se levantó, y su hija, que seguía leyendo, se interrumpió, preguntando:

—¿Queréis algo, padre mio?

Y siguiendo la dirección de los ojos del viejo, vueltos siempre hacia el lado donde acababa de aparecerse aquella estraña vision, añadió mas vivamente:

—¿Qué estais mirando? ¿qué hay?

—Nada, respondió Claudio viéndola inclinarse hacia la ventana. Te digo que nada. Continúa, ya te escucho.

—¡Dios mio! perdonad, dijo Luisa sonriéndose

Sr. D. Ignacio Comonfort la nueva época de su gobierno, comenzada con el voto de confianza que le concediera el congreso constituyente, al terminar el código fundamental de 1857.

He aquí el decreto de amnistía, que ocupará en la historia del actual presidente de la República una página que le envidiarán sus mismos enemigos:

Ministerio de justicia, negocios eclesiásticos e instrucción pública.—El Excmo. Sr. presidente sustituto de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El C. Ignacio Comonfort, presidente sustituto de la República mejicana, á los habitantes de ella, sabed:

Que en uso de las facultades que me concede el art. 3.º del plan proclamado en Ayutla y reformado en Acapulco, y para solemnizar el juramento de la constitucion política de los Estados-Unidos mejicanos, da el día de hoy, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1.º Se concede indulto á los individuos de tropa de las clases de sargento abajo, y á los paisanos que en las mismas clases han figurado en las filas de los sublevados con carácter militar, y que hayan sido sentenciados por delitos políticos, aun cuando se les hubiere aprehendido con las armas en la mano. La autoridad respectiva sobrescrirá en las causas pendientes contra reos de esta misma clase.

Art. 2.º No se comprenden en esta gracia, ni los delitos comunes ni el perjuicio de ejercer.

Art. 3.º Los sublevados de la clase que expresa el art. 1.º, que dentro de un mes, contado desde la publicacion de este decreto en la capital de cada Estado, solicitaren el indulto, lo obtendrán en los mismos términos y con las escepciones del artículo anterior.

Art. 4.º A los que con el carácter de jefes y oficiales hayan figurado en la sublevacion ó hayan sido aprehendidos como conspiradores, y á los paisanos, no comprendidos en los artículos 1.º y 3.º, si solicitaren el indulto, se les otorgará en los términos que el gobierno estime conveniente.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Palacio del gobierno nacional en Méjico, á 5 de Febrero de 1857.—I. Comonfort.—Al ciudadano José María Iglesias.

Y lo comunico á V. para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios y libertad. Méjico, Febrero 5 de 1857.—Iglesias.

Nuestro colega el Siglo XIX aplaude como nosotros este acto de clemencia, y no podia esperarse menos de la ilustracion del Sr. Zarco.

Cree además nuestro colega que la amnistía debe comprender á los que han sido aprehendidos por sospechas de conspiracion, y escita al Sr. ministro de justicia á que dicte una medida que enconrrará, dice, mucho favor en la opinion.

Aplaudimos este celo de nuestro colega; pero nosotros creemos que la amnistía es tan amplia que comprende sin escepcion á todos los sublevados, cualquiera que sea su clase y categoría, cumpliendo con las condiciones que el decreto establece, pues no escepciona mas que los delitos comunes y el perjuicio de tercero, como era natural que se hiciera, porque no debia confundirse nunca esos delitos, que castigan todos los códigos penales, con los que se llaman delitos políticos.

Y hubiera sido en verdad lastimosamente contradictorio, que habiéndose establecido como ley fundamental de la República, en la constitucion que acaba de jurar el Sr. presidente, la abolicion de la pena de muerte en los delitos políticos, se siguiese fusilando como si tal principio no se hubiese consignado en la carta constitucional, cual si fuera una conquista de la revolucion de Ayutla; lo que hubiera sido tanto mas de extrañar, cuanto que el decreto de amnistía tiene la misma fecha que la que lleva la jura de la constitucion, pues se dió para solemnizar el juramento de ella.

Esto no menoscaba en nada el mérito del Sr. Comonfort; pero sí se hubiera perjudicado mucho la reputacion de humanidad que goza, si no hubiese dado el decreto de amnistía, lo mismo que se hubiera perjudicado la del congreso constituyente; porque naturalmente el público habria interpretado la suspension de los efectos de la constitucion en lo que incumbe al supremo gobierno, como una resolucion de que continuase surtiendo sus sanguinarios efectos la pena de muerte en los delitos políticos, lo que ciertamente no le haria mucho honor á los padres conscriptos de la patria, que se despedirian así de sus comitentes legando á la República una ley en perspectiva que envuelve un principio noble y generoso, y en realidad una ley de sangre que no deja tras sí mas que tardos arrepentimientos y daños irreparables.

J. RAFAEL DE CASTRO.

CONGRESO CONSTITUYENTE.

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. presidente de la República despues de jurar la constitucion de 1857.

Señores diputados: Está realizada la mas importante de las promesas que hizo á los mejicanos la revolucion de Ayutla; queda jurada la constitucion política de la República, decretada por el congreso de 1856.

Desde que los heroicos esfuerzos de nuestros padres conquistaron la independencia de la nacion, su principal necesidad ha sido constituirse, y tal vez la falta de un código adecuado á las circunstancias del país, ha sido la verdadera causa de sus frecuentes y lamentables desgracias. Reconociendo esta causa, los pueblos han buscado el remedio de sus males en una nueva carta fundamental, que les asegure el goce de los derechos sacrosantos, eternos é imprescriptibles con que los dotó la mano bienhechora del Criador.

Vo otros fuisteis los escogidos para llenar este grandioso objeto, y en la solemnidad de este día habeis presentado el fruto de vuestras meditaciones y trabajos. Y aunque es verdad que jamás las obras de los hombres pueden salir de sus manos sin defectos, al pueblo, y solo al pueblo soberano, á cuyo bien consagrasteis vuestros desvelos, y de cuya voluntad dependen la estabilidad y vigor de sus leyes

constitutivas, toca la calificación inapelable de la que él mismo os pidió. El tendrá presente que en la discusion de sus grandes intereses, la voluntad y el celo de los señores representantes no han estado acompañados de circunstancias propicias al noble fin que los reunió. En el periodo que les fijó la ley para la conclusion de sus interesantes tareas, juntadas veces la rebelion, el desorden y aun el peligro de los principios proclamados en el plan de Ayutla, no han venido á distraer la atencion del congreso!

Quiera el Ser Supremo, árbitro de los destinos de los hombres y de las naciones, que la discordia desaparezca para siempre de entre nosotros, que unidos caminemos todos por el sendero de la justicia y de la verdad, y que illeguemos á asegurar el porvenir de nuestros hijos con unas instituciones que los hagan vivir felices en medio de los grandes bienes y de las delicias de la paz.

El Sr. Guzman contestó en estos términos: Excmo. Sr.—El juramento que este congreso respetable acaba de presenciar, es grave y solemne, no solo para la persona de V. E., sino tambien para el pueblo mejicano, para la representacion nacional, y aun para este augusto recinto.

Para V. E. es la palmeta de honor que el hombre santifica invocando la presencia de Dios. Para el pueblo es el anuncio de la reivindicacion de sus derechos santos, el preludio de su felicidad, cifrada en la libertad, en el orden y en el imperio de la ley. Para la representacion nacional es un testimonio auténtico de respeto profundo á la soberana voluntad de la nacion. Por este augusto santuario, que alguna vez ha sido traidoramente profanado, es una verdadera purificacion.

El juramento que V. E. acaba de pronunciar, viene á imprimir el sello de la legalidad á la obra grandiosa que se iniciará en Ayutla; viene á realizar la esperanza querida que decidiera á la nacion á arrostrar toda clase de obstáculos, á vencer toda especie de inconvenientes.

La Providencia divina, en sus altos designios, movió vuestro corazon patriota, y fuisteis uno de los mas ardientes defensores de la libertad, uno de los campeones que mas poderosamente contribuyeron á la grande obra de la regeneracion de este pueblo infortunado. Esa misma Providencia santa os destinaba tambien para dar cima á tan heroica empresa. ¡Cumplid los destinos de la Providencial!

Me es un honor como satisfactorio presentáros, á nombre de la representacion nacional, el fruto de sus meditaciones y de sus constantes afanes. Recibid este depósito sagrado: meditación que él encierra nada menos que los derechos, las esperanzas y el porvenir inmenso de todo un pueblo; recordad que este pueblo os ha colmado de honores y de confianza, y trabajad con la fe que siempre acompaña al patriotismo puro, por hacer efectivos esos derechos, esas esperanzas y ese inmenso porvenir.

A vuestra lealtad queda encomendada la preparacion del campo en que la semilla constitucional ha de fructificar. Y cuando el pueblo os deba este último beneficio, contad con sus bendiciones y con su inmensa gratitud.

El congreso está muy distante de lisonjearse con la idea de que su obra sea en todo perfecta. Bien sabe, como habeis dicho, que nunca lo fueron las obras de los hombres. Sin embargo, cree haber conquistado principios

de vital importancia, y deja abierta una puerta amplísima para que los hombres que nos sigan puedan desarrollar hasta su último término la justa libertad. Los representantes del pueblo le darán cuenta muy en breve de la manera en que han podido llenar su delicada mision. Reconocen que el haber llegado al término de la obra principal que se les encomendó, es debido á un favor especial de la Providencia divina, y por tan fausto acontecimiento, bendicen en lo íntimo de su alma el nombre santo de Dios.

GACETILLA.

EL Sr. BLANCARTE.—Leemos en el Monitor: "Segun las últimas noticias que se tienen el Sr. general Blancarte se hallaba á nuevas leguas de Guadalajara, de paso para ir á cumplir con las órdenes que le dió el supremo gobierno."

TRATADO.—Tambien dice el Monitor lo siguiente: "Anteayer á las dos de la mañana se ha firmado el tratado de comercio entre la República mejicana y los Estados-Unidos."

LOS DOS DISCURSOS.—Antier, por falta de lugar, no se publicaron los dos discursos á que alude nuestro editorial, esto es, el del señor presidente de la República y el del vicepresidente del congreso. Hoy subsanamos esa falta.

A ULTIMA HORA.—Con este encabezamiento dice el periódico oficial de Tampico del día 31 del próximo pasado, lo siguiente:

"Todos los esfuerzos del Excmo. Sr. Gautier relativos á hacer desistir al Lic. Garza de la hostilizacion que está haciendo á esta plaza, entre tanto se verifica la llegada del Excmo. Sr. general Moreno, han sido inútiles. S. E. habia depositado, como aquel lo solicitaba, el mando en el señor comisionado Lic. D. Estévan Coronado. Dado este paso, creyó haber llegado al punto de un arreglo pacífico allanando el camino de algunas dificultades al mismo Excmo. Sr. Moreno; pero todo ha sido en vano. El Sr. Garza se obstina en entrar con sus tropas, y solo él será responsable de lo que sobrevenga si se atreve á asaltar la plaza antes que el espresado Excmo. Sr. general Moreno verifique su llegada, porque Tampico está resuelto á rechazarle."

CHIHUAHUA.—Escriben de Chihuahua con fecha 6 de Enero:

"Hoy se da cuenta al gobierno de que mas de 30 soldados americanos asaltaron el cuartel del Paso, donde estaban encerrados siete paisanos suyos por borrachos y escandalosos. Quisieron forzar las puertas; pero no lograron su intento porque la guardia, compuesta de paisanos y soldados presidiales, les opusieron vigorosa resistencia. Hubo un cuarto de hora de fuego, y los americanos abandonaron su empresa, dejando dos muertos y algunos heridos."

"El señor comandante militar del Paso le comienda al Sr. D. Felipe Siqueiros, quien cuando era mas vivo el fuego se presentó con su hijo á ofrecer los servicios de ambos."

"En este exceso de los soldados americanos no tienen parte alguna sus jefes."

"Nuestros soldados eran muy pocos y llevaban muchos dias de no recibir socorros. "Es de esperar que esto no tenga consecuencias; pero si algo ocurriere, el comandante general está dispuesto á ir personalmente en defensa del Estado."

LA SOMBRA DE GARCIA.—Con este título se va á publicar en Tlaltenango un periódico hebdomadario, en defensa de las instituciones democráticas. Ya hay en este punto otro periódico que se denomina el Espectro. Si con sombras y espectros es con lo que se defienden las instituciones democráticas en Tlaltenango, será menester convenir en que aquellos ciudadanos tienen poca fe en la realidad de los principios que defienden. Y en verdad que no les falta razon para ello. Nosotros tambien seriamos demócratas en Méjico, si en Méjico hubiese lo que esencialmente requiere la democracia; esto es, un pueblo ilustrado en su generalidad. Pero como las nueve décimas partes de la poblacion mejicana ni sabe leer, ni escribir, ni tal vez hablar el castellano, no se alcanza cómo puedan producir aquí las instituciones democráticas los óptimos frutos que con ellas cosechan en otras partes. Mucha docta ignorancia, si podemos hablar así, hay entre nosotros, y por eso vemos usar palabras y levantar banderas que tal vez los mismos que se presentan en la palestra escudados con ellas, ignoran lo que significan.

UN NUEVO VOLCAN.—Leemos en el Espectro de Tlaltenango del 31 de Enero:

"Casi en los límites de este partido, hácia el viento Sur—Este, en jurisdiccion de Atemajaca, del Estado de Jalisco, ha aparecido un volcán de fuego. Comenzó pocos meses ha (segun la relacion de varias personas) haciéndose notar una pequeña humareda entre las peñas de una profunda barranca; algunos dias despues se marcó, de una manera clara, el carácter; se ensanchó mas á proporcion que el tiempo trascurria, y se notó despues que el cráter avanzaba de un modo rotabie hácia el Norte. Se dice que ha dejado un profundo camino de mas de una legua de longitud, advirtiéndose en sus orillas una multitud de piedras calcinadas, y que continúa avanzando en la misma direccion. Se dice igualmente que algunas pequeñas poblaciones han quedado desiertas, por el temor que les ha infundido cierto ruido subterráneo que se hace sentir, y por caminar al volcán con direccion á estos pueblos. Se encuentra á de á que se han secado las yerbas y los árboles á una distancia considerable del volcán, y que una laguna que no dista mucho de él, ha recibido tal grado de calor, que no se han enfriado sus aguas en lo mas rigoroso del invierno. Uno de los pueblos que han emigrado es el de Tuitan, segun sabemos."

"Ignoramos cuánta exageracion haya en la relacion que acabamos de hacer; la hemos oido de diferentes personas, y en pocas circunstancias difieren sus dichos. Creemos que aun cuando sean falsos todos los incidentes de la relacion, no hay motivo alguno para dudar de la existencia del volcán.—Aunque los habitantes de este lugar carecemos de conocimientos científicos, nos hemos propuesto hacer una expedicion á dicho volcán dentro de mes y medio, para desengañarnos de todo por nuestra propia vista. La curiosidad nos impide á hacer tal expedicion, la materia lo merece, y la proximidad (pues solo hay de distancia como treinta leguas) nos proporciona ir y volver cómodamente en una semana. El juicio que nos formemos, aunque humilde, lo trasmitiremos al público."

ALCABALAS.—En vista de una solicitud de los comerciantes de Coahuila, se ha mandado por el gobierno del territorio restablecer las alcabalas en aquella ciudad.

DURANGO.—El gobierno del Estado ha dispuesto que por ahora y mientras no mejoran las circunstancias del erario, los sueldos de todos los empleados y funcionarios públicos del Estado sufran una reduccion de la décima parte de su importe total.

Por los artículos sin firma.—EUGENIO BARRIOS.

partes; sin ellos, permanecía miserable, impotente; con ellos ha allanado todas las dificultades. Capacidad, perseverancia, probidad, todo lo que Dios le habia dado eran otros tantos instrumentos inútiles mientras le faltaba ese mango de oro. ¡Oh! capital! capital! Han hecho de él la única condicion de nuestra importancia, de nuestro bienestar, hasta de nuestra felicidad! ¡Y luego se admiran de que uno pueda olvidarlo todo por él! En el acento del joven fabricante habia una amargura que chocó al escultor; pero antes que tuviese tiempo de responder, entró vivamente la criada y anunció que querian hablar á Mr. Lambert. Luisa, admirada de la especie de turbacion que se manifestaba en su voz, le preguntó quién le llamaba.

—No sé, señora, respondió la criada mirando detrás de sí: es un hombre vestido de negro que tiene papeles en la mano y habla en voz baja. Ha entrado solo, pero ha dejado fuera tres compañeros de malas trazas y armados de gruesos bastones. . . . Se diria que son gentes de justicia.

echa á perder. Yo me he acostumbrado á no trabajar mas que á mis horas, á leer la mitad del día junto á mi ventana entre mis macetas de alhelíes ó heliotropos, á escarabujear mis reflexiones para que me hagan compañía mejor, y á dejar mis miradas cernirse horas enteras sobre París desde lo alto de Montmartre! Ved así cómo uno se va haciendo bajá, y cuando llega el trabajo, se hace el modesto á fin de seguir holgando.

—¿Con que no ha llegado para vos el tiempo del descanso, padre mio? dijo Luisa con una caricia. ¡Oh! os lo suplico, por vos, por mí, por todos los que os aman, no volvais á ponerlos á esa muela á que habeis dado vueltas tan largo tiempo; defended vuestros ojos y conservad vuestros amados hábitos! ¡Ojalá que todos pudiesen estar libres como vos!

mo una gasá trasparente delante de los árboles y las casas, medio borraba sus formas y daba al conjunto del paisaje alguna cosa de inverosímil. Se habria dicho que era una de esas confusas perspectivas que se nos aparecen despues de esa un sueño. Despues de haber contemplado un instante el aspecto fantástico de la campiña y del lugar, cuyas ventanas se iluminaban en la niebla, el escultor se acercó al hogar, en donde su hija pensativa estaba sentada en una silla baja con sus dos hijos apoyados en sus rodillas.

Claudio miró hácia la puerta de entrada cual si aguardara á Lambert, y su hija, que comprendió su mirada, sacudió la cabeza diciendo: —No le veremos. Acaba de rogarme que le disculpe con vos, pues tiene que arreglar unas cuentas y trabajar en su correspondencia.

Su voz temblaba al hablar, y dos lágrimas empañaban sus ojos. Poirier, seguro de que una espilcacion produciria la esplosion de ese dolor retenido, no respondió, además de que él mismo parecia inquieto é incierto. En vano trataba de espilcarse la conducta de su yerno, y su espíritu atravesaba todas las suposiciones sin osar fijarse en ninguna; pero la duda cuadraba mal á su alma sencilla y absoluta. Despues de algunos instantes de debate interior, sacudió las sospechas

que le habian dado vueltas tan largo tiempo; defended vuestros ojos y conservad vuestros amados hábitos! ¡Ojalá que todos pudiesen estar libres como vos!

